

LA SEÑORA DALLOWAY RECIBE



Virginia y Leonard en Hogarth Press (autor desconocido, 1914).

# I

## LA SEÑORA DALLOWAY EN BOND STREET

**L**A señora Dalloway dijo que iría ella por los guantes<sup>1</sup>. El Big Ben<sup>2</sup> estaba sonando cuando salió a la calle. Eran las once en punto y la hora estaba flamante, como recién hecha para que la estrenasen unos niños en la

---

<sup>1</sup> Esta será la primera frase también de *La señora Dalloway* (1925), salvo que Woolf cambiará en la novela «guantes» por «flores». En la entrada del 2 de enero de 1923 de su diario, Woolf vinculaba su ansia de flores a su ansia de vivir la vida de su hermana Vanessa, de tener hijos, «la sensación de que las flores brotan a mi alrededor sin mediación de la voluntad». Igualando las ocurrencias de los niños y las frases de la vida cotidiana con ellos a las flores, continúa: «Recojo al azar lo que yo llamo flores. Hacen que mi vida parezca a veces un poco vacía; &, además, mi inveterado romanticismo sugiere una imagen de avanzar con determinación, sola, a través de la noche: de sufrir por dentro, estoicamente; de abrirme camino hasta el final, etc.».

Aunque en este cuento se hablará más abiertamente de la niñez y de sus momentos, con una clara nostalgia de su final, que en la novela, donde quizá esta melancolía quede en parte suplida por las flores, estas fascinan a la señora Dalloway desde su primera aparición en *Viaje de ida* (1915, cfr. apéndice), aunque allí las invoca con una mayor sensación de fantasía y sin una pizca de nostalgia: «Lo que encuentro agotador del mar es que no hay flores. Imagine campos de malvas y violetas en medio del océano. ¡Sería divino!», exclama Clarissa a Willoughby Vinrace, el dueño del barco en el que viaja.

En *La señora Dalloway* (1925) la narración se abre con la promesa y el placer de ir de compras, una de las actividades de la vida diaria que Woolf celebra a lo largo de toda la novela y que aquí constituye toda la esencia y el argumento del relato.

<sup>2</sup> Las «ondas plúmbicas» del Big Ben (cfr. siguiente página), sus campanadas que se disuelven como «círculos de plomo» en el aire, serán una

playa<sup>3</sup>. Pero había algo solemne en el columpiarse deliberado de las campanadas repetidas; algo que se agitaba en el murmullo de las ruedas y el arrastre de los pies.

Sin duda no a toda aquella gente la ocupaban recados de felicidad. Hay mucho más que decir sobre nosotros además de que caminamos por las calles de Westminster<sup>4</sup>. El Big Ben tampoco sería otra cosa que pértigas de acero comidas por el orín si no fuese por el cuidado de la Oficina de Obras de S. M. Solo para la señora Dalloway el momento era completo; para la señora Dalloway junio estaba recién hecho. Una niñez feliz —y no era solo a sus hijas a las que Justin Parry les había parecido un buen tipo (débil, por supuesto, en la magistratura); flores al atardecer, el humo ascendiendo; el graznido de los grajos cayendo desde tan alto, abajo, más abajo, a través del aire de octubre—, no hay nada que pueda sustituir a la niñez. Una hoja de menta la trae de vuelta: o una taza con un festón azul<sup>5</sup>.

Pobres desdichados, suspiró, y se abrió camino entre la multitud. Ay, ¡justo bajo el hocico de los caballos, diablillo!

---

constante en *La señora Dalloway* (1925), donde irán marcando el paso del día como el espíritu de la ciudad de Londres responsable del tiempo.

<sup>3</sup> Esta imagen de los niños en la playa se conservará también en la novela. La inocencia de la infancia, como se ha comentado al hablar de las flores, es un tema querido e importante para Woolf, que recorre toda su narrativa. También el mar, la playa, aparecen de continuo vinculados a sus recuerdos de la niñez en *St. Ives*. El epítome de esta memoria se alcanzará en *Al Faro* (1927).

<sup>4</sup> Westminster, donde vive la señora Dalloway, es un barrio rico, cerca del Parlamento y del palacio de Buckingham, como corresponde al cargo parlamentario de Richard Dalloway.

<sup>5</sup> Si suponemos que la señora Dalloway tendría unos diez años más que Virginia Woolf (en la novela, Clarissa acaba de cumplir 51 años y, en 1922, Woolf tiene 40), podemos suponer que fue niña entre las décadas de 1870 y 1880. A finales del siglo XIX, las tazas de porcelana china con motivos azules (incluido un festón en el borde) estaban muy de moda, y hay varias colecciones de la época producidas en la fábrica de Empire Ware, en Stoke on Trent (Inglaterra), lo que puede dar una idea de lo conocidas que podían ser estas tazas entre los niños de aquel periodo.

Y ahí se quedó en el borde de la acera, con la mano extendida, mientras Jimmy Dawes le sonreía desde el otro lado de la calle.

Una mujer encantadora, altiva, entusiasta, con el pelo extrañamente encanecido para sus mejillas sonrosadas, así la vio Scope Purvis<sup>6</sup>, Compañero de la Orden del Baño, mientras se dirigía a toda prisa hacia su despacho. Ella se crispó un poco, esperando a que pasase el furgón de Durnall<sup>7</sup>. El Big Ben dio la décima campanada; dio la decimoprimera. Las ondas plúmbeas se disolvieron en el aire. El orgullo la mantenía erguida, habiéndolo heredado, transmitiéndolo, al corriente de la disciplina y el sufrimiento. Cómo sufría la gente, cómo sufría, pensó, pensando en la señora Foxcroft en la embajada la noche anterior, cubierta de joyas, consumiéndose por la muerte de aquel agradable muchacho y porque ahora heredaría la mansión (el furgón de Durnall terminó de pasar) un primo<sup>8</sup>.

—Te deseo muy buenos días —dijo Hugh Whitbread junto a la tienda de porcelana, quitándose el sombrero de manera un tanto obsequiosa, visto que se conocían desde niños—. ¿Adónde te diriges?

—Adoro pasear por Londres —dijo la señora Dalloway—. En realidad, es mejor que pasear por el campo<sup>9</sup>.

---

<sup>6</sup> Aquí todavía fruto del narrador omnisciente, Sc[r]ope Purvis será el primer personaje en *La señora Dalloway* (1925) que Woolf presentará mediante un flujo de conciencia para presentar a Clarissa como una mujer madura, y ya no la muchacha que ella es en sus recuerdos.

<sup>7</sup> Durnall era, en la época, una compañía de mudanzas en funcionamiento.

<sup>8</sup> Woolf juega pícaramente al describir los sentimientos de la señora Foxcroft, que se consume por la angustia de la pérdida de su hijo (que ha muerto en la Gran Guerra), pero también por la envidia de que la mansión familiar (y con ella los derechos legales que esta implicaría) irán a parar a otra rama de la familia.

<sup>9</sup> Estas dos intervenciones se conservarán tal cual en la novela; las siguientes, en cambio, pasarán a un estilo indirecto libre, más acorde con el flujo de conciencia.

—Nosotros acabamos de volver —dijo Hugh Whitbread—. Por desgracia, para unas visitas médicas.

—¿Milly<sup>10</sup>? —dijo la señora Dalloway, con una compasión inmediata.

—Está pachucha —dijo Hugh Whitbread—. Cosas que pasan. ¿Dick está bien?

—¡De primera! —dijo Clarissa.

Por supuesto, pensó, mientras se ponía de nuevo en marcha, Milly tiene más o menos mi edad... cincuenta... cincuenta y dos. Así que probablemente se trata de «eso»<sup>11</sup>. Las formas de Hugh así lo habían dicho, lo habían dicho a la perfección<sup>12</sup>; el bueno de Hugh, pensó la señora Dalloway, recordando divertida, agradecida, emocionada, lo tímido, como un hermano —antes morir que hablar de algo así con un hermano—, que había sido Hugh<sup>13</sup> siem-

---

<sup>10</sup> En la novela, la mujer de Hugh se llamará Evelyn, y será ciertamente más esnob que en este relato.

<sup>11</sup> En *La señora Dalloway* (1925), la alusión a la menopausia de Milly/Evelyn es incluso más discreta que en este relato. A pesar de ser un tema que preocupaba a Woolf en gran medida, nunca se refería a ella directamente ni siquiera en sus diarios, donde la llama «ese momento de la vida» o, abreviado: «m. de la v.».

<sup>12</sup> Esas formas, según la novela, son: «insinuando con una especie de puchero o hinchazón de su cuerpo muy bien cubierto, viril, extremadamente apuesto, perfectamente ataviado (iba siempre casi demasiado bien vestido, pero seguramente tenía que ir así, dado su puestito en la corte), que su esposa sufría cierto achaque, nada serio que, como vieja amiga, Clarissa Dalloway sabría entender sin pedirle que especificase», y Clarissa entiende: «por supuesto que lo entendía; qué fastidio; y se sintió muy fraternal».

<sup>13</sup> El manuscrito de *Las horas* (que surge como boceto de *La señora Dalloway*, cfr. prólogo) se detiene más en el retrato de Hugh Whitbread, detallando su hondo interés en las obras del doctor Freud y su vigilancia de las jóvenes que trabajan en su casa. La doctora por la Universidad de Chicago Christine Froula aventura que Whitebread se inspira en el hermanastro de Woolf (es como un hermano, pero no lo es) George Duckworth, el funcionario abusón, obsequioso, al que en cierta ocasión Woolf acusó de abusar de ella y de su hermana Vanessa durante su niñez y adolescencia (en otras ocasiones negó que hubiese verdad en esto).

pre, cuando estaba en Oxford y venía de visita, y tal vez uno de ellos (¡mecachis!) no sabía montar a caballo. ¿Cómo iban a sentarse las mujeres en el Parlamento así? ¿Cómo iban a poder hacer cosas con los hombres? Pues existe ese instinto extraordinariamente profundo en su interior: no se puede superar; no sirve de nada intentarlo; y los hombres como Hugh lo respetan sin pedírselo, que es lo que una adora, pensó Clarissa, en el bueno de Hugh.

Había atravesado el Arco del Almirantazgo y vio al final de la carretera vacía, con sus árboles flacos, el montículo blanco de la reina Victoria, la maternidad majestuosa de la reina Victoria, su amplitud y su sencillez, siempre ridículas y a un tiempo sublimes, pensó la señora Dalloway, recordando los jardines de Kensington y a la anciana con anteojos de tortuga, y cómo su niñera le decía que se quedase muy quieta y se inclinase ante la reina<sup>14</sup>. La bandera flameaba sobre el palacio. Así que el rey y la reina habían vuelto. Dick la había conocido durante un almuerzo el otro día: una mujer de lo más agradable. Es tan importante para los pobres, pensó Clarissa, y para los soldados. Un hombre de bronce erguido heroicamente sobre un pedestal, con un arma a la izquierda según miraba: las guerras de los bóeres<sup>15</sup>. Es importante, pensó la señora Dalloway caminando

---

<sup>14</sup> En *La señora Dalloway* (1925) es Richard quien ve este monumento, en su paseo por Londres de vuelta a casa, y recuerda a la reina Victoria paseando por los jardines de Kensington en su carruaje. La descripción del palacio se hace más despectiva en *Las horas* y se corrige luego en la versión final de la novela a: «En cuanto al palacio de Buckingham (como una vieja *prima donna* vestida de blanco frente a su público), no se le puede negar cierta dignidad, consideró, ni despreciar lo que, al fin y al cabo, representa para millones de personas (un pequeño gentío esperaba a la puerta para ver el coche del rey salir) un símbolo, por absurdo que sea». El retrato de Richard como conservador parte, en cierta medida, de sus reflexiones sobre la reina y el palacio.

<sup>15</sup> Se trata del monumento a los Royal Marines que murieron durante el levantamiento de los bóer y las guerras bóeres, que se encuentra en el Mall a la entrada del parque de St James. Consiste en dos figuras de

hacia el palacio de Buckingham. Ahí estaba, firme, al sol cegador, sin concesiones, con franqueza. Pero era el carácter, pensó; algo innato en la raza; lo que respetaban los indios<sup>16</sup>. La reina visitaba hospitales, inauguraba tómbolas benéficas: la reina de Inglaterra, pensó Clarissa, mirando el palacio. Ya a esta hora un automóvil salía por el portón<sup>17</sup>; los soldados saludaron; el portón se cerró. Y Clarissa, cruzando la calle, entró en el parque, avanzando muy erguida.

Junio había hecho brotar hasta la última hoja de los árboles<sup>18</sup>. Las madres de Westminster<sup>19</sup>, de pecho moteado, amamantaban a sus criaturas. Chicas de lo más respetable yacían tumbadas en la hierba. Un anciano, agachándose con dificultad, recogió un papel arrugado, lo alisó y luego volvió a tirarlo. ¡Qué terrible! La noche anterior, en la embajada, sir Dighton había dicho:

—Si quiero que un hombre me sujete el caballo, no tengo más que levantar la mano<sup>20</sup>. —Pero la cuestión religiosa es mucho más seria que la económica, había dicho sir Dighton, lo que a ella le había parecido interesante en ex-

---

bronce (un soldado erguido empuñando un arma y otro caído a sus pies), es obra de Adrian Jones (1845-1938) y se inauguró en 1903.

<sup>16</sup> En la época estaba en pleno auge el movimiento de desobediencia civil impulsado por Mahatma Gandhi. Estos «indios» aquí evocan la idea del Imperio.

<sup>17</sup> En *La señora Dalloway* (1925) se especula que quien va en el automóvil es el príncipe de Gales, que en la época sería el futuro Eduardo VIII, célebre por haber abdicado antes de su coronación para casarse con la dos veces divorciada Wallis Simpson.

<sup>18</sup> Esta frase se conservará tal cual en la novela.

<sup>19</sup> Las madres pasarán, sin embargo, a ser de Pimlico, una zona residencial para la clase media, que se degradó en los años anteriores a la primera guerra mundial. Es raro que se hable aquí de las madres de Westminster, una zona rica, amamantando a los niños en público. Es obvio que se refiere a la zona más pobre, es decir, Pimlico.

<sup>20</sup> Alude probablemente a la conservación de la jerarquía social, según la cual un hombre de alta alcurnia no tendría más que levantar la mano para tener a su servicio a cualquier muchacho de clase obrera.

tremo, viniendo de un hombre como él—. ¡Ah!, el país nunca sabrá lo que ha perdido —dijo, hablando, por iniciativa propia, sobre el querido Jack Stewart.

Remontó la colinita con ligereza. El aire se agitaba con energía. La Armada despachaba mensajes al Almirantazgo. Piccadilly y Arlington Street y el Mall parecían recocer hasta el aire del parque y levantaban sus hojas con el calor, llenas de brillo, en olas de aquella divina vitalidad que Clarissa adoraba. Cabalgar; bailar; había adorado todo aquello<sup>21</sup>. O salir a dar largos paseos por el campo, conversando, de libros, de qué hacer con la propia vida, pues los jóvenes son asombrosamente cursis... ¡Ah!, ¡Las cosas que había llegado a decir! Pero tenía sus convicciones. La mediana edad es el mal. La gente como Jack nunca lo sabrá, pensó; pues no había pensado en la muerte ni una sola vez, no había llegado a saber, decían, que estaba muriendo<sup>22</sup>. No habrá ya de lamentar —¿cómo era?— una cabeza encanecida... Del lento contagio del mundo<sup>23</sup>... Apuraron la copa una o dos rondas antes<sup>24</sup>... Del lento contagio del mundo. Avanzó muy erguida.

Pero ¡cómo habría gritado Jack! Citando a Shelley, ¡en Piccadilly! «Te hace falta un alfiler», habría dicho. Odiaba

---

<sup>21</sup> El fragmento entre «La Armada» y este punto se repite, sin cambios dignos de señalar, en *La señora Dalloway* (1925). Las frases describen una de las zonas de edificios gubernamentales y comerciales más concurridas de Londres.

<sup>22</sup> La muerte de Jack, una persona joven, quizá en la guerra, quizá suicidándose como hará Septimus Warren Smith en *La señora Dalloway* (1925), retoma la reflexión sobre la juventud y el paso del tiempo, uno de los temas más íntimos tanto del relato como de la novela.

<sup>23</sup> De *Adonais* (1821), Percy B. Shelley (1792-1822): From the contagion of the world's slow stain / He is secure, and now can never mourn / A heart grown cold, a head grown gray in vain [Del lento contagio del mundo / a salvo, no habrá ya de lamentar / un corazón helado, una cabeza encanecida en vano].

<sup>24</sup> Mezcla aquí un verso del *Rubaiyat* (1859) de Edward Fitzgerald (1809-1883).

a los adefesios. «¡Dios mío, Clarissa! ¡Dios mío, Clarissa!»: podía oírlo todavía hablar, en la fiesta de la casa Devonshire, sobre la pobre Sylvia Hunt, con su collar de ámbar y aquel trasnochado vestido de seda. Clarissa se irguió, pues había hablado en voz alta y ahora estaba en Piccadilly, pasando por delante de la casa de las esbeltas columnas verdes y los balcones; por delante de las ventanas de los clubes llenas de periódicos; pasando la casa de la anciana lady Burdett Coutt, donde solía colgar la cacatúa blanca vidriada; y la casa Devonshire, sin sus leopardos dorados; y Claridge's, donde debía recordar que Dick le había pedido que dejase una tarjeta para la señora Jepson antes de que se marchase<sup>25</sup>. Los americanos ricos pueden ser encantadores<sup>26</sup>. Ahí estaba el palacio de St James's<sup>27</sup>; como el juego de bloques de un niño<sup>28</sup>; y ahora —había pasado Bond Street—, ahí

---

<sup>25</sup> La casa Devonshire, de los Cavendish, duques de Devonshire, había sido abandonada en 1919 y fue derruida en 1924; la casa de las columnas verdes y los balcones es, seguramente, la casa Bath, de los condes de Bath, ocupada en 1923 por lady Ludlow, que debía su riqueza a las minas de diamantes en Sudáfrica; la casa de la cacatúa de porcelana era de Angela Georgina Burdett-Coutt (1814-1906), gran filántropa y amiga de Dickens, con quien colaboró en muchas obras benéficas, y quien solía colocar una cacatúa de porcelana en la ventana para indicar que estaba en casa y dispuesta a recibir. Todas estas casas aparecen también en *La señora Dalloway* (1925), como símbolo del paso del tiempo y de una época de la clase alta británica que ya no volverá. Claridge's es el famoso hotel de lujo, inaugurado en 1856 y toda una institución durante la década de 1920.

<sup>26</sup> Seguramente esta afirmación sobre los americanos se refiere a la señora Jepson recién mencionada por Clarissa, pero es curioso que Angela Burdett-Coutts, tras morir su compañera de toda una vida, Hannah Brown, propuso matrimonio a los sesenta y seis años a un joven norteamericano de veintinueve, William Ashmead Bartlett, que tomó el apellido de ella y fue su heredero. Un chisme que, sin duda, Woolf conocía.

<sup>27</sup> El palacio de St James's fue durante más de tres siglos una de las principales residencias de la familia real inglesa.

<sup>28</sup> En *La señora Dalloway* (1925), esto lo dice Richard refiriéndose al monumento a la reina Victoria, en el mismo paseo de la nota 14.

estaba la librería Hatchard's<sup>29</sup>. El flujo era infinito... infinito... infinito. Los partidos de Lord's, las carreras de Ascot, el campo de Hurlingham, ¿qué era hoy? ¡Qué belleza!, pensó, admirando el frontispicio de un libro de memorias abierto en el escaparate, sir Joshua<sup>30</sup>, tal vez, o Romney<sup>31</sup>; superior, luminosa, recatada; la clase de chica... como su Elizabeth... la única clase de chica de verdad. Y ahí estaba ese absurdo libro, *Soapy Sponge*<sup>32</sup>, que Jum solía citar con profusión; y los sonetos de Shakespeare. Se los sabía de memoria. Phil y ella habían discutido todo un día sobre la dama oscura<sup>33</sup>, y Dick había dicho aquella noche rotundamente en la cena que nunca había oído hablar de ella. En realidad, ¡se había casado con él por eso! ¡No había leído nunca a Shakespeare!<sup>34</sup>. Debía de haber algún librito bara-

---

<sup>29</sup> La librería Hatchard's se encuentra aún en el 187 de Piccadilly y es la más antigua de Londres, inaugurada en 1797 por el editor John Hatchard.

<sup>30</sup> Sir Joshua Reynolds (1723-1792), uno de los pintores ingleses más importantes e influyentes del siglo XVIII, especialista en retratos.

<sup>31</sup> George Romney (1734-1802) fue también retratista.

<sup>32</sup> *Soapy Sponge*, literalmente «Esponja Jabonosa», es un personaje cómico de Robert Smith Surtees (1805-1864), protagonista de *Mr. Sponge's Sporting Tour* (La gira deportiva del Sr. Esponja), publicado en 1852.

<sup>33</sup> Cuando se habla de los sonetos de William Shakespeare, la lista maestra se puede dividir en tres secciones: los sonetos de la bella juventud, los sonetos de la dama oscura y los sonetos griegos. Los sonetos de la dama oscura corresponden a los números 127 a 152. La identidad de esta dama sigue siendo un enigma, aunque se especula que podría tratarse de Aline Florio, esposa de un traductor italiano, a quien Shakespeare podría haber conocido en casa del conde de Southampton, de quien fue amante.

<sup>34</sup> En *La señora Dalloway* (1925), Woolf se extiende sobre esto diciendo: «Serio y solemne, Richard Dalloway se irguió sobre sus patas traseras y dijo que ningún hombre decente debería leer los sonetos de Shakespeare porque era como escuchar por el ojo de la cerradura (y la relación, además, no era una que él pudiese aprobar)». Se refiere a los hechos del primer juicio contra Oscar Wilde en 1895, en el que la acusación presentó como prueba el ensayo de Wilde en el que este sugiere que los sonetos de Shakespeare están dedicados a un hombre, Willie Hughes. El fiscal preguntó al escritor si alguna vez había «adorado locamente a un hom-

to que pudiese comprar para Milly... ¡*Cranford*, claro! ¿Podía haber algo más gracioso que aquella vaca con enaguas?<sup>35</sup>. Ojalá la gente tuviese ahora esa clase de humor, esa clase de respeto por sí misma, pensó Clarissa, pues recordaba las páginas más graciosas; las últimas frases; los personajes: cómo podías hablar de ellos como si fuesen reales. Para todo lo grande había que buscar en el pasado, pensó. Del lento contagio del mundo... No temas ya el calor del sol<sup>36</sup>... No habrá ya de lamentar, no habrá ya de lamentar, repitió, con la mirada perdida en el escaparate; pues le rondaba la mente; la prueba de la gran poesía; los modernos no habían escrito nunca nada que dé ganas de leer sobre la muerte, pensó; y se dio la vuelta.

Los ómnibus se unieron a los automóviles; los automóviles a los furgones; los furgones a los taxis; los taxis a los automóviles... Ahí había uno descubierto con una chica, sola. Levantada hasta las cuatro, los pies hormigueantes, lo sé, pensó Clarissa, pues la muchacha parecía agotada, medio dormida, en un rincón del coche tras el baile. Y llegó otro coche; y otro. ¡No! ¡No! ¡No! Clarissa sonrió cordial. La gorda se había esmerado, pero ¡diamantes! ¡Orquídeas! A esas horas de la mañana... ¡No! ¡No! ¡No! El excelente policía elevaría, llegado el momento, la mano. Pasó otro automóvil. ¡Qué poco atractiva! ¿Por qué se pintaba los ojos de negro una chica de aquella edad? Y un joven con una muchacha a esta hora, cuando el campo... El admira-

---

bre» y, tras cierta insistencia, Wilde contestó: «No. Siento decir que la idea es de Shakespeare... está en sus sonetos».

<sup>35</sup> En *Cranford* (1853), la novela de Elizabeth Gaskell, la señorita Betsy Barker tiene una vaca que cae en una calera y, cuando la rescatan, ha perdido la mayor parte del pelo; la señorita Barker pide consejo a todo el mundo para remediar la situación y el capitán Brown le recomienda que la vista de franela, cosa que la señorita hace.

<sup>36</sup> De una canción de la obra *Cimbelino*, de Shakespeare, acto 4, escena 2. A diferencia de los otros versos, este se conserva en *La señora Dalloway* (1925).

ble policía levantó la mano y Clarissa acusó recibo del movimiento, cruzó tomándose su tiempo, caminó hacia Bond Street<sup>37</sup>; vio la estrecha calle torcida, las pancartas amarillas; los gruesos cables de telégrafo escalonados que se extendían cruzando el cielo.

Hacia un siglo su tatarabuelo, Seymour Parry, que se escapó con la hija de Conway<sup>38</sup>, ya caminaba por Bond Street. Los Parry llevaban un siglo recorriendo Bond Street, y podrían haberse cruzado allí con los Dalloway (Leigh por parte de madre). Su padre se compraba los trajes en Hill's<sup>39</sup>. Había un rollo de tela en el escaparate, y ahí solo un tarro sobre una mesa negra, increíblemente cara; como las gruesas rodajas de rosado salmón que tenía el pescadero sobre un bloque de hielo. Las joyas eran exquisitas: estrellas rosas y naranjas, de estrás, españolas, pensó, y cadenas de oro viejo; hebillas estrelladas, brochecitos que habían llevado sobre satén verdemar señoras de altos recogidos<sup>40</sup>. Pero ¡mejor no mirar! Hay que ahorrar. Tenía que pasar por delante del marchante, que tenía expuesto uno de esos extraños cuadros franceses, como si hubiesen lanzado confeti —rosa y azul— por chanza<sup>41</sup>. Si siempre habías vivido con

---

<sup>37</sup> Bond Street es también la calle en la que está la floristería a la que se dirige Clarissa en *La señora Dalloway* (1925); «Bond Street la fascinaba; Bond Street temprano por la mañana durante la temporada; sus banderas al viento; sus tiendas; sin bombo; sin lustre; un rollo de *tweed* en la tienda en la que su padre había comprado sus trajes durante cincuenta años; unas perlas, salmón sobre un bloque de hielo», dice en la novela, donde comenta, asimismo, varios de los escaparates.

<sup>38</sup> Es de suponer que se refiere a la escultora Anne Seymour (1748-1828), hija del mariscal Henry Seymour Conway, y que juega con el nombre inventado del tatarabuelo Parry.

<sup>39</sup> Henry Hill estableció una sastrería en Bond Street en 1847 y fue un gran coleccionista de arte, muy interesado en el impresionismo.

<sup>40</sup> Como habían llevado las mujeres en la época romántica.

<sup>41</sup> En su ensayo de 1925 sobre *La ficción moderna*, Woolf argumenta que la nueva ficción debe registrar cómo la mente aprehende en realidad el mundo: como «impresiones, triviales, fantásticas, evanescentes o gra-

cuadros (lo mismo pasaba con los libros y la música), pensó Clarissa, pasando por delante de la sala Aeolian<sup>42</sup>, no te dejabas engañar por una chanza.

La corriente de Bond Street se había estancado. Allí, como una reina en un torneo, solemne, regia, estaba lady Bexborough. Iba sentada en su carruaje, erguida, sola, mirando a través de sus anteojos. Llevaba el guante blanco suelto en la muñeca. Vestía de negro, bastante desaliñada y, sin embargo, pensó Clarissa, cuán extraordinariamente se muestra la crianza, el respeto por una misma, el nunca decir una palabra de más o dejar que la gente chismorree; una amiga admirable; nadie puede encontrarle un defecto tras todos estos años y, ahora, ahí está, pensó Clarissa, pasando por al lado de la condesa que esperaba empolvada, por completo inmóvil, y Clarissa habría dado lo que fuese por ser así, señora de Clarefield, interesada en política, como un hombre<sup>43</sup>. Pero nunca va a ningún sitio, pensó Clarissa, y es bastante inútil pedirle que lo haga, y el carruaje se puso en marcha y se llevó a lady Bexborough como a una reina en un torneo, aunque no tenía nada

---

badas con el filo del acero... una lluvia incesante de innumerables átomos». Más allá de que su ficción se concibe como una tarea basada en los principios de la pintura impresionista y postimpresionista (movimiento al que pertenecerían su amigo Roger Fry, su hermana Vanessa Bell y el íntimo amigo de Bell, Duncan Grant), el cuadro al que aquí se refiere debe de ser impresionista. Por el contrario, en *La señora Dalloway* (1925), Clarissa contempla un cuadro de un maestro holandés.

<sup>42</sup> Una sala de conciertos popular entre los solistas rusos, donde el 13 de junio de 1923 Woolf fue a escuchar a la poeta Edith Sitwell (1887-1964). Fue con ocasión del estreno de *Façade*, un esfuerzo colaborativo de los hermanos Sitwell y el compositor William Walton, en el que se intentaba que las palabras y la voz (ambas de Edith Sitwell) tuviesen un papel igual al del instrumento musical e interdependiente con él.

<sup>43</sup> Al comienzo de *La señora Dalloway* (1925), Clarissa también sueña con ser como lady Bexborough: «Habría sido, para empezar, morena como lady Bexborough, con una tez como de piel curtida y hermosos ojos. Habría sido, como lady Bexborough, sosegada y solemne; más bien grande; interesada en política como un hombre; con un casón en el campo; muy digna, muy sincera».

por lo que vivir; y su anciano esposo flaquea y dicen que ella está harta de todo, pensó Clarissa, y lágrimas de verdad le inundaron los ojos mientras entraba en la tienda.

—Buenos días —dijo Clarissa con su encantadora voz—. Guantes —dijo con su exquisita amabilidad y, dejando el bolso sobre el mostrador, comenzó, muy despacio, a desabrochar los botoncitos—. Guantes blancos —dijo—. Por encima del codo —y miró directamente a los ojos de la dependienta, pero esta no era la chica que recordaba(?) Parecía bastante mayor—. Estos, la verdad, no me quedan bien —dijo Clarissa.

La dependienta los observó.

—¿Lleva la señora pulseras?

Clarissa extendió los dedos.

—Puede que sean los anillos.

Y la muchacha se llevó los guantes grises al extremo del mostrador.

Sí, pensó Clarissa, es la chica que recuerdo, es veinte años mayor... Solo había otra clienta, sentada de costado junto al mostrador, con el codo apoyado, la mano desnuda caída con languidez; como la figura de un abanico japonés, pensó Clarissa, demasiado lánguida tal vez y, sin embargo, algunos hombres la adorarían. La señora movió la cabeza con pesar. De nuevo los guantes eran demasiado grandes. Se volvió hacia el espejo.

—Por encima de la muñeca —le reprochó a la mujer canosa, que la miró y estuvo de acuerdo.

Esperaron; se oyó el tictac de un reloj; Bond Street zumbaba, abotargada, distante; la mujer se marchó con los guantes en la mano.

—Por encima de la muñeca —dijo la señora, tristemente, elevando la voz.

Y tenía que pedir sillas, helados, flores y billetes de ropero, pensó Clarissa. Iba a venir gente que prefería que no viniese; los otros no vendrían. Esperaría junto a la puerta. Vendían medias, medias de seda. Se reconoce a una señora

por sus guantes y sus zapatos, solía decir el anciano tío William<sup>44</sup>. Y a través de las medias de seda colgadas, que lanzaban destellos plateados, miró a la señora, de hombros caídos, la mano lánguida, el bolso resbalándose, los ojos mirando vacíos al suelo. ¡Sería intolerable que viniesen a su fiesta señoras anticuadas! ¿Le habría gustado a ella Keats<sup>45</sup> si hubiese llevado calcetines rojos? ¡Ah!, por fin... se inclinó hacia el mostrador y le pasó por la mente:

—¿Recuerda que antes de la guerra tenían ustedes guantes con botoncitos de madreperla?

—¿Guantes franceses, señora?

—Sí, eran franceses —dijo Clarissa.

La otra señora levantó muy tristemente los ojos y recogió el bolso, y miró los guantes sobre el mostrador. Pero eran todos demasiado grandes, siempre demasiado grandes en la muñeca.

—Con botoncitos de madreperla —dijo la dependienta, que parecía mucho mayor.

Abrió las láminas de papel de seda sobre el mostrador. Con botoncitos de madreperla, pensó Clarissa, perfectamente sencillos: ¡qué franceses!

—La señora tiene unas manos finísimas —dijo la dependienta, deslizando el guante con firmeza, con suavidad, por encima de los anillos.

Y Clarissa se miró el brazo en el espejo. El guante apenas le llegaba al codo. ¿No los tenía un dedo más largos? Pero le pareció pesado molestarla; tal vez justo el día del mes, pensó Clarissa, en que resulta una agonía aguantar.

---

<sup>44</sup> El anciano tío William y su sentencia se conservan en *La señora Dalloway* (1925).

<sup>45</sup> John Keats (1795-1821) fue uno de los principales poetas ingleses del Romanticismo. Keats tenía con frecuencia la sensación de trabajar a la sombra de los grandes poetas del pasado y solo hacia el final de su efímera vida, cuando sentía cerca la oscuridad de la muerte, fue capaz de producir sus poemas más auténticos y memorables. Es de suponer que la melancolía no casaría bien con los calcetines rojos.